

V

—Y por aquellos días, digo yo, interrumpiendo á mi *Virgilio* en este viaje de recuerdos de la vida artística de Rafael Calvo, por aquellos días llegó á la villa y corte de D. Amadeo de Saboya un pobre estudiante, licenciado en Derecho, que venía á hacerse *filósofo* y *literato* de oficio y á contemplar y admirar á todas las *lumberas* de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de las Españas. El cual estudiante, en cuanto se quitó el polvo del camino, y sintió el *horror* de la posada madrileña, y gimió un poco á sus solas por la madre ausente, se fué derecho al paraíso del Español, á buscar en la poesía un consuelo para la nostalgia, ó llámese morriña; pues el estudiante era gallego, ó poco menos: era asturiano. El arte, como el cielo estrellado, es una patria común para todos los desterrados; todos los que somos del mismo hemisferio, mientras de él no salimos, tenemos en la *noche serena* la mitad del *paisaje* de nuestra tierra, donde quiera que vayamos; el que tenga la sana costumbre de mirar arriba, lleva este consuelo donde quiera consigo; pues la poesía es igual, es un refugio del alma triste, ausente de las almas y de la tierra de sus amores. De mí, ó sea del estudiante del

cuento, sé decir que por aquel tiempo de la *primera salida* en busca de aventuras literarias y filosóficas, en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y mis ternuras y mis creencias, encontraba algo parecido al calor del hogar... en el teatro y en el templo. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oír misa, ni más ni menos que en mi tierra, y ver una multitud que rezaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre. Otro refugio era el teatro, pero no cualquier teatro; no aquellos en que había cualquier cosa menos poesía. Mi teatro fué desde la primera noche el Español, donde se hablaba en verso más ó menos castellano, donde un joven delgado y de piernas poco firmes, con cara de viejo, que parecía llorar, por el gesto con que declamaba, me hizo sentir un *temblor nuevo*, como dijo Víctor Hugo hablando de Baudelaire; no porque el joven tuviera que recitar maravillas, sino por el timbre de su voz y por las cadencias de su *canto*.

Si: era *La Beltraneja*, de los señores Retes y Echevarría, lo que estaban representando: que me parta un rayo si yo recuerdo del drama cosa de provecho, aunque desde luego me atrevo á jurar que era malo; pero de todos modos, para mí fué una revelación; en mi pueblo no había visto jamás cómicos tan limpios, *decoraciones*

tan *decorosas*, palacios como aquellos, que eran por sí solos, á mis ojos, poemas de romanticismo arqueológico. Rafael Calvo, á quien yo confundía al principio con los demás, empezó á destacarse en mi atención poco á poco; aquella voz vibrante, llena de pasión mal contenida; aquellas piernas temblonas, aquel gesto de dolor y los ojos punzantes y fogosos, me interesaron pronto y me hablaron de una manifestación plástica del romanticismo dramático tan amado, que ya podía vislumbrar tal como era. ¿Es joven, es viejo? me preguntaba contemplándole. Desde el *Paratso* no se podía discernir este punto con seguridad. Ello fué que llegaron unas quintillas, famosas por aquellos días, en que Rafael Calvo, ripio arriba ó abajo, comenzaba diciendo:

Bella, garrida, lozana,
como la flor más gentil,
vi en el campo á vuestra hermana
una mañana de Abril.

No respondo de que la quintilla primera fuera así exactamente—y ahora me hago cargo de que no podía ser así, porque eso no es quintilla, falta un verso;—de todas maneras, yo no estaba para detenerme á analizar si había ripios ó no, si aquello era una sarta de vulgaridades; mi corazón, que echaba de menos á mi madre, y de más á la patrona, no estaba para retóricas; necesitaba amor, y en su ausencia, poesía; y aquellos versos,

cantados tan dulcemente, me llegaban al alma, me hacían compañía, me *hablaban de allá*. ¡Dios le pague á Rafael Calvo aquellos momentos en que su voz fué para mí como un regalo!—En vano á mi lado Armando Palacio y Tomás Turo, que ya tenían su aprendizaje de Madrid, se reían de *La Beltraneja* y de quien la inventó, á mandíbula batiente; ellos juzgaban como *criticos* que salían ya del cascarón; yo por entonces creía en Chateaubriand y en las quintillas, fuesen como fuesen...

Calvo fué el primer actor bueno que yo vi; no sabía yo entonces que había de ver muy pocos más.

El lector que haya llegado hasta aquí, no tiene derecho á quejarse de esta digresión lírica, pues ya está advertido desde un principio de que voy á ser todo lo *subjetivo* que bien me parezca.

Todo espíritu es una página, ó muchas, de la historia de los demás con quien ha vivido en el mundo. En la historia de Calvo he llegado al tiempo en que mis recuerdos son documentos auténticos, para mí, de la vida de aquel artista.

Cada alma debe mucho á otras almas; y yo, en mis cuentas psicológicas, que llevé por partida doble, procuro ir apuntando lo que en mis adentros influyeron los hombres que tenían algo que enseñarme, y algo que hacerme pensar ó sentir.

Yo recuerdo, por ejemplo, lo que debo á Salmerón, á Francisco Giner, á Campoamor, á Castelar, á Moreno Nieto, á la Nilsson, á la Sara Bernhardt, á D. Francisco Canalejas... y cada uno de estas *deudas* me serviría para escribir algo de la *semblanza* de esos personajes.

Calvo es uno de los artistas que tienen historia, y larga, y no poco importante en las crónicas de mi corazón y de mi fantasía.

Lo mejor que yo podría decir de Calvo lo diría copiando fielmente estos apuntes *interiores*.

Pero, ya que esto no sea, procuraré mezclar en oportunas dosis lo *épico* y lo *lírico*...

A *La Beltraneja* de Retes siguió un drama del director *técnico* de la Compañía, del señor Larra, que cosía y ponía el hilo, pero no de balde. Se llamaba aquéllo *El Caballero de Gracia*, y, si no recuerdo mal, que puede ser que sí, aunque la ocurrencia dramática del autor de tantos disparates era detestable, como todó lo suyo, ¡qué se yo!... tenía... así... una cierta poesía... disparatada, que á mí por entonces no me cayó en saco roto, sin duda porque Calvo me encantaba con la magia de su declamación.

El público acabó de comprender que Calvo estaba por encima de los demás actores de la Compañía, á muchos codos, y Rafael quedó proclamado, sin más, desde entonces, *primer galán* del teatro Español. El *sansimonismo* teatral del

señor Roca no rezó más ya con él y no se le obligó á hacer, además de primeros papeles,

á veces el entremés.

Y dice *mi* cronista: «Con influencia ya en la dirección de la Compañía, mostróse paladín del teatro clásico español; sacó del olvido las principales obras de Calderón, Lope, Tirso, Alarcón, Rojas y Moreto. Hizo admirar la grandiosa concepción de *La vida es sueño*, y prensa, autores y público le saludaron como á regenerador del teatro nacional».

Es claro que no se ha de admitir al pie de la letra lo que dejo copiado; pero en el fondo tiene mucho de verdadero. Las principales obras de Calderón, Lope, Tirso, etc., no yacían en el olvido; los que llamamos *doctos* las leían; algunos jóvenes entusiastas de la poesía, las leían también; los doctores alemanes escribían *tesis doctorales* con motivo de algunos de esos dramas; pero es lo cierto que estaban muy lejos de ser populares. Y Calvo hizo grandes y nobles esfuerzos para que lo fueran, y en ciertos límites se puede decir que por algún tiempo consiguió su propósito. No fué *un regenerador del teatro nacional*, porque para tamaña regeneración no basta que un cómico insista en representar obras del teatro antiguo, poniéndolas en escena con el mayor esmero que cabe dentro de las miserables con-

diciones de nuestra vida artística, ¡y haciendo con genial arranque el papel que le toca. A Calvo no le acompañaba en las tablas más que un artista digno de secundar su meritoria empresa; era una actriz, Elisa Boldún. (No se ha de contar aquí á Mariano Fernández, que había de reducirse á los humildes papeles de gracioso.) Las demás mujeres y los demás hombres con que podía contar eran... (e. p. d.) el Sr. Catalina, v. gr.: pero ¿dónde ha habido cosa menos romántica y menos á propósito para palingenias teatrales que el Sr. Catalina que se deleitaba representando *Física experimental*, de Rodríguez Rubí; *Los soldados de plomo*, de Eguilaz, y otras creaciones semejantes? No recuerdo si Morales también ha muerto; pero de todos modos, tampoco se podía contar con él para recitar quintillas y décimas, de las buenas, de las antiguas, como Dios manda. Solo, sólo estaba Calvo, y así no se regenera un teatro, y no se regeneró. Además, aunque se hubiera podido encontrar actores suficientes, muchos como Rafael, un público bien preparado, un Gobierno capaz de entender su obligación en este punto, una crítica ilustrada y de gusto y otros elementos necesarios para resucitar dignamente á la vida de la escena el teatro que es nuestra gloria... aun esto no podía ser una regeneración del teatro nacional. Para esta, lo primero que se necesita son poe-

tas; no basta con cómicos, y menos con un cómico solo.

Antes de proseguir, necesito apuntar una salvedad á toda prisa. Vico también comenzaba por entonces á hacerse aplaudir, y su *García del Castañar* contribuyó no poco al favor pasajero que el público concedió al teatro genuinamente español, que es claro que él no podía gustar en todos sus jugos. Queda, pues, á un lado la legítima influencia de Antonio Vico en la *resurrección* de que se trata; pero como en la época á que me estoy refiriendo, el que es sin disputa nuestro mejor cómico no había llegado, ni con mucho, al florecimiento de sus grandes facultades, y como sus laureles principales no los debe á la interpretación de nuestros románticos... clásicos, se puede, sin injusticia, prescindir por ahora de tomar en cuenta su trabajo, para apreciarlo después en su mucho valor y oponerlo a 1 de Rafael Calvo. Mas esto será cuando los encontremos juntos, y ambos con todo el vigor de su talento.

Lo cierto es, que con su gran voluntad, su entusiasmo comunicativo y la poca ayuda que le dieron, Calvo llevó hasta la oreja del vulgo la poesía esplendorosa de la rima calderoniana. *La vida es sueño* se puso en escena cuarenta ó más noches seguidas; longevidad pasmosa para aquellos tiempos en que duraba *El drama nue-*

o trece días. El público aplaudía á Segismundo de todo corazón; yo, que contemplaba el triunfo del poeta desde el *paraíso*, puedo dar fe de ello. Y hay que tener en cuenta, aunque dé pena confesarlo, que la ignorancia que tienen los españoles en materia de glorias nacionales es tanta, que no hay autor famoso que valga para el público de las *galerías*; allí no se conoce á nadie, y todos son primerizos; y Moreto se ganaba á pulso su *buen éxito* de *El desdén con el desdén*, sin que le valiera el que algunos criticos alemanes sepan de él tantas cosas buenas; pues yo juro por estas cruces que una noche, un caballero que estaba á mi lado, y esto no era en el paraíso, sino en las butacas, ilustraba á su señora esposa con la siguiente biografía del poeta insigne. «Sí, mujer, decía; ese Moreto es uno que fué ministro de Hacienda, y se retiró para siempre de la política por no sé qué calumnias que le levantaron por causa de unos tabacos.» No, no había en nuestro pueblo prejuicio de ningún género; no había admiración impuesta; le gustaba aquello porque sí, porque le hablaba en palabras muy hermosas y muy españolas, de las cosas eternas que hay dentro del alma. Los entusiasmados en *falso* andaban por abajo, por palcos y butacas, Hablaban del *simbolismo* de Segismundo, le comparaban con Hamlet... y se se aburrían un si es no es. Estos eran los que

poco después habían de inventar las *décimas calderonianas*... del Sr. Sánchez de Castro y otros Retes del oficio.

Mas sigamos con la vida artística de Calvo, para terminar este asunto pronto y con las menos digresiones posibles. Después de aquella campaña importante en que su nombre empezó á ser célebre entre los de primera fila, ya restablecido de su enfermedad, pasó á Barcelona, donde estuvo una temporada, y de allí volvió para representar, durante dos inviernos, en el Circo de la plaza del Rey, donde yo volví á verle casi todos los días que estrenaba una obra ó sacaba á relucir cualquier joya del teatro antiguo. En aquella época, si no recuerdo mal, puso en escena *El castigo sin venganza*, *Amor, honor y poder*, *El vergonzoso en Palacio*, *El rico home de Alcalá*, *El desdén con el desdén*, y algunas otras maravillas de nuestra hermosa dramaturgia, más ó menos mutiladas por los encargados de *arreglarlas* al gusto moderno. A esta época pertenecen las impresiones más hondas, más estéticas, que produjo en mi espíritu el arte *sui generis* de Calvo; de las reminiscencias de entonces me acordaré, principalmente, cuando más adelante defienda, en lo que cabe, el estilo de este intérprete de la poesía dramática. No quiero decir que después no haya progresado *nuestro actor*; que el estudio de obser-

vación, experiencia y lectura á que constantemente se consagraba, no hayan producido frutos considerables en el elemento reflexivo y susceptible de reforma y adelanto en su arte; pero lo fundamental, lo que le daba el sello singular que no es posible hacer sentir al que por sí mismo no lo haya descubierto viendo á Calvo; lo que era su nota original, que sería inútil buscar en otro actor español, y mucho menos en los de fuera; eso, con toda su fuerza, y en la flor de su vida, estaba ya en el Rafael que representaba el *Mireno* de Tirso en el teatro del Circo, dignamente acompañado de aquella Magdalena apasionada, tierna, sagaz, cuyo amor crecía encerrado en las mallas del pudor; de aquella mujer de Tirso, en fin, que se llamaba en el mundo Elisa Boldún, y prometía tantas glorias al teatro de España.

Tras aquellas memorables campañas, Calvo, después de una temporada teatral en Málaga, volvió al Español, donde ya era empresario el famoso Felipe Ducazcal. Empezó bien el año cómico; pero, á poco, la falta de obras nuevas retrajo al público, que acudía con preferencia al teatro de Apolo, donde Vico estrenaba *El Nudo Gordiano*, uno de los mejores éxitos que se han presenciado en Madrid, al decir de hombres viejos y expertos en achaques de *resultados* escénicos. Calvo, como á una *pobrisima esperanza*, se

agarró á la idea de mostrarse al público en e *Don Alvaro*, del duque de Rivas, entusiasmarle si podía, y salvar los intereses de la Empresa del Español. No era el drama escogido cosa nueva para los más; pero sí lo era el *Don Alvaro*, según el evangelio de Calvo.

En efecto: como en tantos otros poemas escénicos en que la imaginación pide al protagonista arrogante figura, Calvo supo suplir estas exigencias con el exuberante lirismo de su voz, de sus actitudes, de sus gritos, hasta de su musculatura, podría decirse. Si; el *Don Alvaro* de la celda, espada en mano, era un gigante... de poca estatura.

El romanticismo á su modo original y muy hermoso del duque de Rivas, tuvo también su palingenesia; el *Don Alvaro* volvió á la vida, para ser tal vez mejor entendido y sentido que lo había sido nunca; si sus fatalismos, imitados de las *anankés* extranjeras no llamaban la atención del público, los arrebatos de la pasión poética, tan *justamente* expresada por Rafael en aquellas escenas de puro fuego, levantaron el alma del espectador á las grandezas más enérgicas de la contemplación estética. Fué el *Don Alvaro* un gran triunfo póstumo para el poeta y un gran triunfo, de más positivos resultados, para el cómico.

Estas *adivoinaciones* de Calvo prueban mu-

cho: la prudente confianza en sí mismo, la facultad de verse á sí propio reflejado en la fantasía, y poder representarse el efecto escénico antes de que llegue su momento, son ventajas grandes para el artista del teatro, y que sólo pueden existir en hombres de verdadero talento y de vocación.

Otra *restauración* no menos digna de recuerdo que la del *Don Alvaro*, y para mí de mucho más efecto todavía, fué la de *El Trovador*. Don Luis Calvo no me habla de este esfuerzo poderoso de su hermano; pero yo lo recuerdo, porque fué aquella noche una de las que más emociones me hicieron sentir en el teatro, una de las más famosas en los anales de mi vida de *espectador*.

No se entienda que atribuyo á Calvo el principal mérito en tal resultado, no; lo principal es el drama. Creación hermosa, la más original, inspirada, poética y *musical* de nuestra literatura dramática del siglo XIX.

Para mí las dos piezas dramáticas modernas, españolas, que más se acercan á la grandeza de nuestro teatro clásico, las más dignas de figurar al lado de *La vida es sueño*, *El mágico prodigioso*, y tantas otras memorables antiguas, son *El Trovador* y la primera parte de *Don Juan Tenorio*; síguelas de cerca, sin duda, *Don Alvaro*, y no muy lejos *Los aman-*

tes de Teruel (1). Mas *El Trovador*, ante todo.

¿Por qué? Apenas se sabe. Allí no hay más que poesía. Y esto es lo que menos importa á muchos que se tienen por críticos ó por *dilettantes*. Ni el libro disparatado de la ópera de Verdi, ni la vulgaridad romántica de nuestros padres apoderándose de Manrique y de doña Leonor para el gasto doméstico de sus aficiones dramáticas, han podido deslustrar aquella hermosura, que un día le brotó del alma al pobre soldado de veinte años. Pero si en la lectura *El Trovador* ya es quien es, la *restauración* de Calvo, *El Trovador* redivivo en la escena gracias al entusiasmo del noble cómico romántico, nos muestra la distancia que va de lo vivo á lo pintado, y nos hace sentir, como es de justicia, si no todo, mucho de lo que debió de pasar por el cerebro de García Gutiérrez el día misteriosamente célebre en que su fantasía y su musa se juntaron para crear á Manrique y enamorarle de aquella manera divinamente humana de su valiente, pura y apasionada doña Leonor. Calvo no tenía á su lado una Leonor digna de él; la señorita Mendoza (hoy señora), discreta, sentimental, hermosa, expresiva en figura y ges-

(1) Hablo de obras de autores muertos, sin más excepción que la de Zorrilla, que ha enterrado á su tiempo.